

ÀNGEL FONT

PASIÓN HUMANA



**TESTIMONIOS PARA LA HISTORIA
BARCELONA**

1

—¡Eh...! ¡Chicos!, ¡chicos!

Todos miraron al que mandaba el grupo.

—Creo que ya tenemos coche, el rojo, aquel descapotable, el de aquel tío viejo. Sí, sí, aquel. ¿Lo veis? Le acompaña un gato. Quiere aparcar.

—Y ahora buscará una sombra para que no se le fría el gato, y ya tenemos coche... ¿Qué os apostáis a que baja los cristales para que corra el aire? Un par de dedos, solo un par de dedos, ahora mismo lo vais a ver.

Y justo eso es lo que hizo Antón, y por este par de dedos Antón iba a correr una aventura y a sentir la sensación más afectiva que jamás hubiera podido imaginar. Descubriría que el corazón humano y el sentir de un animal podían asemejarse hasta extremos que un profesional como él nunca se habría

Àngel Font

planteado. Escapaba a su capacidad de captar y dar amor, como él entendía que se ama o se siente; se ama solo a las personas: el resto de los sentimientos solo son vibraciones que nos emocionan. Así de frío... o de lógico y normal. Tampoco tiene por qué ser de otra manera. ¿O... ..sí? En la esfera de la comunicación y de los sentidos entre humanos y animales no todo es como puede parecer. Alcanzar y descubrir, o penetrar en el grado de evolución sensitiva de los animales de compañía, no es un privilegio común, ni tampoco hacer pedagogía sobre esta capacidad. Los, o las, amantes y protectoras de los animales y su derecho a compartir su tiempo vital con nosotros, cansadas de predicar en el desierto, acaban tirando la toalla: *Ellos* se lo pierden.

Antón empujaba el carro de la compra con disgusto. Una de las ruedas estaba medio atascada: eso hacía que girara siempre a la derecha obligándolo a circular ladeado y a emplearse a fondo en un doble esfuerzo. Un cabreo. De buena gana lo habría pateado. Si no circulaba con cuidado, le daría a algún coche del abarrotado *parking* de la explanada del área comercial.

Faltaban dos días para el inicio de las vacaciones de agosto: aquello era una locura.

—¡Hay que joderse! Si esto es crisis, que venga Dios y lo vea. Parece el fin del mundo. Esto no es ir de compras, es ir al asalto. Supermercado... Querrán decir superlocura o superadoctrinamiento para el consumo... ¡Y mi gata friéndose en el coche!

Antón había previsto que la compra no le llevaría más de media hora. Dejó el coche en la media sombra de uno de los tilos que le conferían una apariencia más humana al área, señalizando a su vez las líneas del aparcamiento. Su gata *Mixa* no pasaría calor, aunque, por si acaso, dejó las cuatro ventanillas de su viejo descapotable algo abiertas. Solo un par de dedos.

Pero eso ya no tenía ningún interés. Ahora el problema eran unos tipos que, al ver que Antón se dirigía recto, aunque caminando torcido, hacia el coche que estaban asaltando, se daban el piro a toda leche dejando la puerta abierta.

—¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡*Mi... xa!!!*

La voz de Antón tronó. Sus gritos ensordicieron sus propios tímpanos y alertaron al grupo de primerizos y lentos delincuentes. Lentos y mal organizados, ya que media hora no les bastó para desbloquear las puertas.

Àngel Font

—¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡Hijos... de... puta! ¡Os... voy... a... matar...!

De no ser por los dos dedos de apertura que había dejado en las lunas, aquellos jóvenes no hubieran caído en la tentación. Y de no ser porque el súper ofertaba tres paellas al precio de una, Antón no hubiera salido corriendo mientras enarbolaba el lote de sartenes, ansiando hacer volar cabezas. Afortunadamente, no los alcanzó. ¿En qué mente cabe abrirle la cabeza a alguien por una cuestión nimia? Un gato es solo eso, un gato. Nuestro planeta está plagado de gatos; la mayoría, unos vagos. Ya no cazan ratones. Hay que servirles la comida en platos diseñados para gatos. La fórmula del pienso debe estar compuesta por una equilibrada mezcla de aminoácidos, vitamina B, cinc y cobre para proporcionarles a los animales una vida saludable y una piel y un pelo suaves y agradables al tacto, sin caspa. Hay que cuidar las calorías que ingieren para que no engorden, vigilar sus dietas, no vayamos a descompensar su flora intestinal... Y, para que su pelo brille, hay que suministrarles una cantidad adecuada de biotina. Aunque no valen reflexiones de ningún tipo cuando uno se halla en la peor encrucijada de su vida: el amo de la gata no sabía, todavía, que estaba metido de lleno en un cruce de caminos que marcaría su existencia. Antón

Pasión Humana

advirtió la puerta de su coche abierta y vio correr a unos chavales: más que suficiente para que la adrenalina despertara su dormida y oxidada agresividad. Una sola cosa podía atemperar el *shock* emocional que estaba invadiendo su capacidad de razonar con un mínimo de lógica: alcanzarlos y zurrarlos. Corría sin soltar el carro del súper con una mano, mientras con la otra pretendía acojonarlos blandiendo el lote de paellas en ademanes guerreros.

—¡Jo... der! ¡Cómo os pille...!

No iba a perder a *Mixa* sin lucha.

Corrió tras lo inalcanzable, como tantas veces en la vida, o tras algo imposible: tres jóvenes más ágiles que aquellos cincuenta años que empezaban a pesarle. Unos gamberros acostumbrados a tirar la piedra y esconder la mano, a no sentirse nunca culpables por nada. Muy conformes con aquello de que debemos prestarles más atención e invertir en su formación. Mientras... seguirán siendo los amos, los intocables de la calle. Mientras, hay que correr, chillar, esgrimir el sable, enarbolar la bandera de una batalla que, justo en ese momento, Antón daría por perdida; y es que nada sabemos del cáncer hasta que se diagnostica. Cada vez que el desesperado amo gritaba. «¡¡¡Mi... xa!!!». Y fueron mil

Àngel Font

veces; era como si clamara al cielo gritando «¡¡¡Mai... ca!!!».

Mixa, Maica, Maica, *Mixa*... ¡Qué más daba? Maica era su mujer, su vida. Sin *Mixa* no podía regresar a casa, no podía perderla. ¿Qué haría sin su mujer? ¡No! Sin *Mixa* no podía regresar a casa. ¡Perdida *Mixa*, perdida Maica! Sin su gata ya no habría hogar.

Gata y mujer eran una sola cosa. Mujer y gata, gata y mujer se confundían: no podían ni vivir ni existir la una sin la otra. Antón lo sabía; no lo entendía, pero lo sabía, y lo sufría mientras corría como un poseído por el peor de los demonios por entre los coches de aquel inmenso *parking*. Los que asaltaron su coche se habían esfumado.

«¿Se habrán llevado a *Mixa*? ¡Yo qué sé...! ¡Me han jodido!», pensó.

—¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡*Mi... xa!!!* —siguió desgañitándose por la inmensa explanada del centro comercial. «¡Que me vea y se apiade de mí toda esa gente, que se les grabe mi lastimera imagen en sus retinas! ¡Que me ayuden! ¡Que le puedan contar a Maica —seguro que se pasaría por allí— la pena que les daba aquel hombre armado con un lote de sartenes que iba chillando como un loco el nombre de su puta gata!».

Antón no había entrado aún en la dimensión de los animales. Este era solo el primer día de su caminar hacia la redención. El reino de los cielos solo está reservado para los más puros y, excepcionalmente, para los arrepentidos. En la dimensión animal, a la vera de Dios solo se sientan los limpios de corazón. Antón ni estaba limpio de pecado ni sentía arrepentimiento por nada. Nada relacionado con la «puta *Mixa*», como solía decir, cuando no lo oía su mujer. Pensar, lo pensaba siempre.

«Maldita gata... Menudas vacaciones me esperan». Por su cabeza solo rondaba la imagen de una patada en el trasero de *Mixa*. «Si no te encuentro... ¿Qué historia le cuento a Maica?». Resultaba evidente que la redención de Antón estaba a años luz de ser alcanzada. No: mientras sintiera ganas de agredir a un animal como si fuera un simple objeto, no iba por el camino correcto.

Antón dejó de vociferar. La gente lo miraba; compasivas las señoras, con sentido colectivo del ridículo los hombres. Cabizbajo, se encaminó hacia su descapotable. Algunas personas estaban vigilando su coche sin tocar nada. Las puertas seguían abiertas.

—¿No habréis visto a una gata marrón-gris rayada, una gata común?

Àngel Font

Nadie abría la boca.

—Mi mujer me echará de casa... ¡Unos hijos de puta me han querido robar el coche! ¡Los he pillado a tiempo! Con la puerta abierta... ¡Se ha escapado!... ¡Los he pillado a tiempo! ¡¡Pero no tengo gata!! —Las frases le salían desordenadas, con o sin intención, más bien con. Estaba teatralizando.—¡La que me espera en casa!

Uno de los voluntarios que vigilaban el coche, mientras el pobre hombre corría tras los chorizos, se atrevió a decir, haciéndose el gracioso:

—Bueno, hombre, al menos no le han robado el coche. Tranquilícese, podrá irse de vacaciones en su descapotable...

Hay miradas de desdén que en realidad son como puñales. Si lo hubieran sido, el capullo que se atrevió a decir tal sandez habría sido la primera víctima mortal de aquel incómodo incidente.

Aun así, Antón realizó uno de los mayores esfuerzos de su vida para responder sin acritud:

—¿Y yo para qué quiero esta mierda de coche o las jodidas vacaciones si no encuentro a *Mixa*... , mi gata?

Ergo Maica.

Una mujer del grupo se le acercó para abrazarlo, uno de esos abrazos cumplidores e imprescindibles para

Pasión Humana

salir en la foto. Con ojos lagrimosos, apenas pudo susurrarle al oído:

—Lo siento, lo siento mucho. Eso es terrible...
Entiendo su pesar, lo siento, lo siento...

Antón la captó en el acto, cómo no: su firme pecho aplastaba sus pulmones cortándole el resuello...
¿O solo era pura y simple excitación?

Su tono fue entre meloso y melodioso, parecía un rapsoda en pleno recital; se la veía muy metida en el personaje.

Otras mujeres fueron dando sentido al drama que estaba viviendo aquel desamparado, un desconocido de buen ver y buenas maneras.

La solidaridad, que no tiene razón ni motivo para estar reñida con el coqueteo, estaba cumpliendo con la más agradable de sus finalidades: «Yo te entiendo y te echo un cable, tú me entiendes y me echas un cable».

—Dice que si regresa a su casa sin la gata que ha perdido... que su mujer se le larga.

—Toma, yo haría lo mismo. A mí me pierde mi marido a mi *Chamaco*, y la que le monto.

—Venga... Pobre hombre, hace una hora que busca a la gata.

—Yo he oído que prefiere a la gata que al coche y, si no encuentra a la gata, se quedará sin vacaciones.

Àngel Font

El gracioso de turno no pudo evitar una de sus chorradas mientras miraba a la mujer que tenía a su lado, evidentemente, la suya.

—Pues yo le doy ahora mismo el gato de mi mujer a cambio de ese descapotable.

—¡Imbécil! ¡Tú no le das a nadie mi gato! ¡Y menos a cambio de un coche!

—¡Anda que no!

—¡Inténtalo! —vociferó la parienta, sin esconder su mal genio. Su gato... ¡Antes sin marido que sin gato! ¡Anda que no!

Entretanto, la que quiso consolar al desolado responsable de la gata, susurró otra vez a su oído, tuteándolo:

—¿No habrás mirado debajo de los asientos o entre las lonas de la capota? Los gatos son expertos camuflándose. ¿Por qué no miras bien dentro del coche?

Mixa no tenía costumbre de viajar en aquel ruidoso descapotable. Cada vez que subía a él, sabía que le esperaba un trayecto cargado de temores. En ese mismo instante, mientras esperaba en el coche a la

sombra de los tilos de la explanada, su corazón latía más deprisa, sus enormes ojos giraban descontrolados.

¿De dónde le venía tanto temor? ¿Qué le ocasionaba tanto miedo? Siempre que se quedaba sola en el coche tenía malos presentimientos. Sentía cómo se le esfumaba el valor y le invadía el miedo. Su instinto femenino le anticipaba una de las cosas que le producía mayor terror: el abandono, la soledad, la agresión. —¡No, abandono no! -chillaba desde lo más íntimo de su ser—. ¡Quiero regresar a mi casa!

—Ma... má... Miau... Ma... má... Miau. Diré «ma... má» como me has enseñado, diré «mamá», todas las noches... ¡Quiero volver! ¡Ma... má!

Sus ojos seguían girando, tenía la sensación de tener los pelos de punta por culpa del miedo que transpiraba desde todos sus poros... Un miedo justificado: un fino alambre con un lazo final en forma de lágrima alargada se estaba deslizando por la puerta del lado del conductor.

—¡¡¡Ma... má!!! ¿Qué me va a pasar? ¡¡¡Quiero volver a casa contigo!!!

El alambre avanzaba lentamente. Ella se acurrucó sigilosamente en el suelo de los asientos traseros. Quería cerrar los ojos para no ver lo que estaba pasando, pero no podía. Una parte de su ser la

Àngel Font

obligaba a estar atenta, pronta a actuar, a tomar una decisión por improvisada que fuera. Entonces se asomó una cara imberbe por la otra ventana. Oyó cómo decía con sigilo:

—Más a tu derecha... No, no, menos... Así, ves bajando, no te pierdas; sí, así, recto, sigue recto. Bien, un poco más y ya está. Vale, vale, tira: ya lo tenemos... ¿Preparados?... Abre, corre, abre... Hago el puente... Pero súbete ya y coge el volante, coño... ¡Corre...!

Seguía agazapada entre los asientos traseros. La puerta del conductor se abrió, pero ella estaba a un palmo de la puerta del que daba las órdenes... Si se abriera...

Y así fue como ocurrió: se abrió solo cinco segundos, tiempo suficiente para salir disparada como una tigresa, como la felina más veloz y avispada que hubiera pisado la tierra. Lo último que le pareció haber escuchado fue:

—¡Larguémonos! ¡Viene el puto amo...!

El que mandaba cerró la puerta, no tuvo tiempo ni de poner un pie en el coche, pero esos instantes le bastaron a *Mixa* para escapar del peligro. El del gancho, el que quitó el seguro del lado del conductor, se fue corriendo con otro adolescente que tenía a su lado dejando tras de sí la puerta abierta.

Al instante se pudo oír el atronador grito de desesperación del dueño del coche:

—¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡Mal-di-tos hijos de pu-ta...!!! ¡¡¡*Mi... xa!!!* ¡¡¡*Mi... xa!!!*

Los tres aprendices de la rapiña acababan de iniciarse con poca fortuna. Demasiada improvisación. Demasiada desfachatez y poco temor a delinquir, aunque cagados de miedo ante la furia evidente de aquel cincuentón, armado con un juego de paellas y dispuesto a usarlas contra sus testas cual raquetas de pádel en busca de pelota. Atentos a la escena de los delincuentes que huían y al caballero de las sartenes que corría tras ellos, ¿quién iba a prestar atención a una pobre gata que, sin saberlo ni ella ni nadie, acababa de erigirse en la principal protagonista de una conmovedora historia? *Mixa*, que hasta aquel día solo había corrido para jugar con su hermano perro, un miniyorkshire de algo más de un kilo, se propuso batir todos sus récords de velocidad para alcanzar aquella meta salvadora que tenía a doscientos metros escasos: un bosquecillo librado de la tala que tuvo que acometerse en el inmenso encinar salpicado de alcornoques que durante siglos ocupó el espacio que, en aras del progreso, fue destruido sin ningún miramiento.

Àngel Font

Progreso... En este caso, una multinacional más proporcionando dividendos a sus socios, mientras algunos comercios de proximidad se arruinaban y algunos ciudadanos adquirirían el hábito de consumir más de lo necesario y se empobrecían para que otros fueran más ricos. ¿A eso se le llama progreso? Afortunadamente, para *Mixa* y su mundo, su paso por la vida se realizaba en otra dimensión. Una que transcurre sin engaños ni traiciones, manipulaciones especulativas o intereses que el avispa de turno vende como un bien social, mientras piensa únicamente en sus incrementos gananciales. Todo lo que no sean beneficios son pérdidas, o, cuando menos, pérdidas de tiempo, y el tiempo es oro, sobre todo para el que sólo vive para enriquecerse. No, *Mixa* no pertenecía a esa dimensión humana, la suya era de lo más simple: vive y deja vivir, déjate querer y te querrán. Mea donde toca, araña donde toca; en el piso, ya sabes dónde; en el jardín de la casa de la urbanización tienes un montón de árboles donde afilar tus uñas, nada de sofás ni sillones.

¿Cuántas normas, leyes y órdenes rigen y encuadran o encasillan el vivir diario del ser humano? Miles en todos los países de la tierra. No son iguales para todos, pero son miles. Unas son modificadas y

Pasión Humana

otras abolidas mientras, a diario, el legislador sigue regulando el orbe con más y más leyes. En la dimensión de *Mixa* solo había tres normas de vida: has de dejarte querer, saber dónde está tu retrete y dónde puedes o no afilar tus uñas. ¡Qué envidia!

Solo el despotismo humano, muchas veces el machismo varonil y agresivo, alteraban el envidiable vivir de seres como *Mixa*. Podía recibir una patada sin motivo alguno. ¿Hay alguna justificación para patear a una gata? Podían atarle algo al rabo y burlarse de ella, cosas de críos que daban risa a todos, aunque no tenían en cuenta su infinita sensibilidad. Podían secuestrarla, abandonarla a su suerte... No, eso sí que no: a ella no la abandonarían jamás, se hacía querer demasiado. ¿El hombre de la casa...? No se sabía, era impredecible; pero la mujer... Ella quería que la llamara «mamá», y una madre jamás abandona a sus retoños.

Mientras Antón vociferaba y los futuros ladrones huían, *Mixa*, cual torbellino, sorteó veloz coches, personas y tilos, y en unos segundos alcanzó el bosque residual del milenario encinar mezclado con alcornoques.

Àngel Font

Si Antón hubiera mirado al cielo, hubiera hallado la mejor pista para recuperar a *Mixa*. Varios gorriones, unos arrendajos y un par de garzas salían precipitadas y al mismo tiempo volando por encima de las encinas. Los arrendajos, con su inconfundible urajear, parecían decir: «¡Cuidado! ¡Hay un gato subiendo a los árboles!».

Para cualquier gato que se precie, un pájaro significa un manjar exquisito: el que no ha tenido la fortuna de atrapar alguno con sus afiladas uñas y después zampárselo sin contemplaciones se ha perdido el goce de la caza y el del paladar, dos motivaciones de su corta existencia.

Pero no estaba ahora el horno para bollos. *Mixa* solo quería regresar a casa con su mamá Maica. Desde la cima del árbol pudo ver cómo los tres causantes de su miedo pasaban de largo, justo por debajo de su encina, corriendo sin mirar atrás.

Antón ni siquiera llegó al bosque; eso sí, hizo mucho teatro llamándola. ¡Anda que iba a regresar a aquel coche infernal! Sabía muy bien dónde se encontraba la urbanización en la que tenía su casa. Desde su posición podía divisar el mar al fondo. Solo debía atravesar dos pueblos más, subir la carretera llena de curvas hasta media montaña, y ya estaría en su ambiente. Ahí todos la conocían, los de su raza y los vecinos.

No era como en Barcelona: mucha parte alta, mucha Bonanova, pero no podía ni pisar el jardín de la finca. Se pasaba el día mirando la calle desde la ventana del lado del mar. Podía salir a la terraza del nuevo ático del edificio, pero solo si la acompañaba mamá Maica o su asistenta. No la dejaban estar nunca sola.

Los humanos suelen decir: «Por un gato que maté, me llaman ahora Matagatos».

Y eso es lo que ocurrió para que ella no pudiera estar paseando sola por la enorme terraza de aquel ático tan exclusivo: la asistenta le contó a mamá Maica que su gato se había tirado por el patio de luces de su piso. Que habían tenido que llamar a los bomberos para rescatarlo, que estaba vivo de puro milagro, que ahora ya no tenía siete vidas, ahora ya solo le quedaban seis. Que estaban seguras de que fue un acto suicida. Se había tirado al vacío para quitarse la vida. «Chorradas —pensaba *Mixa*—, anda que no son cortos los humanos»; y tenía razón: ¿Qué motivos tiene un gato para querer suicidarse? ¿Un desencanto amoroso? Imposible, el gato de la asistenta nunca tuvo amores, por su piso no rondaba ni una gata. Solo avistaba, de vez en cuando, una que vivía dos pisos más abajo. Alguna vez llegó a pensar que se

Àngel Font

había enamorado de ella. ¡Fantasías erótico-sentimentales! ¿Cómo se podía enamorar de una minifelinina a la que solo veía cada Dios sabe cuándo a través del cristal de una ventana inalcanzable? ¿Falta de libertad? Imposible: tenía todo el piso para él solo, podía corretear libremente, esconderse en los armarios para volver loca a su tierna dueña, podía dormir en la cama con ella. No había ningún hombre machista que lo amenazara con su pie. ¿Para qué iba a suicidarse? Nunca quiso contárselo a nadie. Ocurrió la primera vez que trajeron al piso el yorkshire de Maica. Nunca había visto una cosa así, un perro con barbas y bigote, con pelos que le caían por todas partes, y con un lacito entre oreja y oreja para recoger los pelos que le tapaban los ojos. Para más inri, aquella cosa peluda se llamaba *Valentino*, como Rodolfo, el *sex-symbol* de principios del siglo pasado, ¡manda huevos! El tal *Valentino*, *Tino* para los íntimos, se pasaría allí todo el mes de agosto. Compartían piso, cama, pasillos, armarios, cocina... Todo menos su váter, y, lo más doloroso, el cariño de su ama también se dividiría. Desde el primer día, el mal llamado *Valentino* iba a robarle buena parte del tiempo que su amante dueña le dedicaba. Aquello sí que era para suicidarse. Pasaron los días y *Tino* seguía allí. A la tercera semana,

el gato había llegado a una conclusión: «Este no se larga».

Lo peor era que le estaba tomando cariño. Su vitalidad, su constante estado de felicidad, su actividad y las ganas de jugar... Desde que llegó a su casa no tuvo un minuto de paz. *Tino*, acostumbrado a vivir todo el año con *Mixa*, trataba al gato como si fuera su alma gemela. Y aunque el gato quería hacerse el frío y el distante, no pudo evitar que naciera en su corazón un profundo afecto. Pocos días después de tal sentir, dejó que aquel perro peludo y diminuto —él lo doblaba en dimensión y peso— durmiera toda la noche con su cabeza encima de su vientre. «A falta de gata...», pensó. Al ser dos varones de distintas especies, no podía existir otra cosa que amor fraternal. Pero lo hubo, lo hubo hasta la locura. Eso lo descubrió el día que se largó. Él se quedó, incrédulo, al lado de la puerta. Inmóvil como los gatos esculturales que adornan las tumbas faraónicas. Lo único que demostraba su inquietud y aquella ansiedad, que desde aquel día atenazó su corazón, era el rabo, que no paraba de fregar el suelo. Aquello no pintaba bien. *Tino* se iba con un saquito de comida, el trasportín, la cadena... «¡Maldita sea!, este no vuelve». Volvería, sí, probablemente un año después,

Àngel Font

cuando fuera otra vez agosto. Pero, ¿qué sabía el infeliz? El tiempo pasa de manera distinta, castiga de forma desigual, transcurre hiriente y flagelante según sean los anhelos del que espera. No todos sufren el paso de los días con el mismo dolor. O no se sufre si no hay distancia que medie entre amores y deseos. ¡Pobre minino! Un año para los humanos equivale a cinco para los gatos, lo que en su caso suponía un tormento.

Tres semanas después llegó a una conclusión: «Si los humanos no tenéis corazón, ¡que os jodan!» Y saltó por la ventana que daba al patio de luces, aunque la altura resultó ser menor de lo que pensaba, por lo que el impacto no fue mortal, como pretendía, aunque mucho más doloroso de lo que nadie se podía imaginar. ¡Salió con vida! ¡Continuaba jodidamente vivo!

Cuando el abnegado hombre del Cuerpo de Bomberos de Barcelona lo tuvo entre sus brazos, exclamó:

—¡Qué gato! Ha dicho un «miau» tan tierno... Creo que me ha querido dar las gracias.

Hay que ver lo agradecidos que son los animales: no pueden decir lo que piensan pero lo intentan.

Pero, ¿de qué vamos? Mientras volaba hacia el fondo de su pequeño abismo pensó «¡el que os jodan!».

Pasión Humana

¿De qué iba a dar entonces las gracias al intrépido héroe? Menos mal que el buen bombero no entendía el gatuno. No le hubiera gustado descubrir lo que dijo realmente el gato suicida:

—¡Joder! ¡La madre que te parió! ¿Es que uno no puede morir en paz? ¿Tú sabes vivir sin amar?

El suicida no sabía que en la dimensión humana se puede vivir. Mal, pero se vive. Muchos viven sin pizca de amor y no por ello se suicidan. Se puede vivir no solo sin amor, sino lo que aún es peor: cargado de odio. Y nadie se suicida. No, eso el gato no lo podía entender. El motivo de la existencia de todo gato es únicamente el amor. ¿Cómo podía entender esa aberración humana? Ya que vives, que sea por y para el más elevado de los sentimientos: el de amar. La vida se irá sin remisión, solo son unos días. ¿Se puede vivir ese momento de existencia que tenemos sino es para sentir el único goce que podemos dar y recibir sin ningún coste? El resto de los placeres y sensaciones solo se consiguen trabajando para poder pagarlos.

Solo el amor es gratuito, altruista y dadivoso, pura generosidad. El humano debería aferrarse a la mayor de sus fortunas, la vía más fácil de conseguir un intercambio, un cambalache de sentimientos, con un único rédito: recibir y dar amor.

Àngel Font

La única testigo de lo que acababa de empezar era *Mixa*. Mientras esta seguía inmóvil y asustada en lo más alto de una de las encinas, Antón intentaba separarse de la pegadiza mujer que, movida por un infinito sentir de ternura, seguía solidaria a su lado.

—¿Tienes unos minutos?

—Sí, todo el tiempo que quieras.

—Quédate en el coche, por si regresa la gata, yo subiré al pasillo de las tiendas de la parte de arriba, a ver si desde allí la puedo ver deambulando por el *parking*.

—Vete, vete tranquilo, yo te espero aquí.

Se cruzaron algunas miradas maliciosas, aunque las pupilas todavía parecían reflejar ciertos interrogantes. «Esta es una buscona, pensó Antón. «Si ella no liga conmigo, la perseguiré yo».

Antón vestía ropas de temporada, gorra americana, zapatillas de lona de *boutique*; lucía una barba semi-rasurada y su cara parecía la de un actor que estuviera metido de lleno en su papel, al estilo de Harrison Ford, uno de esos hombres que piden a gritos ser auxiliados por una mujer; aunque solo era la sensación que

Pasión Humana

podría percibir cualquier mujer que se le aproximara, porque Antón era todo lo contrario. Si hubiera existido una empresa que contratara hombres dedicados únicamente a sacar mujeres de algún aprieto, haría tiempo que él habría pedido entrar en nómina con un contrato fijo para desarrollar aquella profesión. La suya era una extraña vocación: no era ni el típico solitario que se apunta a todo ni había experimentado la llamada, cual sacerdote, del que solo vive para ayudar al prójimo. No, lo suyo era ayudar al débil, en concreto al *sexo débil*. Él no lo sabía, pero su esposa sí: a Maica le irritaba tanto afán protector. No eran celos sino, más bien, hastío; estaba harta de tantas formas y tantos miramientos con cualquier mujer que se le cruzara. En los entierros era una especie de enjugalágrimas; en las bodas abrazaba a todas las lloronas emocionadas; en los bautizos, más de lo mismo. En las fiestas de fin de año andaba a la caza de las solitarias para que comieran en su mesa y le contaran los propósitos que no iban a cumplir en los próximos doce meses. Pedía permiso a su mujer para dedicarles unas piezas de baile, ponían su cabeza sobre su hombro y seguían contándole sus penas. ¡Hay que amar mucho a un hombre para aguantarle todo esto! O temer la soledad. Maica no sabía cómo lo hacía, ni de dónde salían

Àngel Font

tantas mujeres con la vida destrozada. Y es que ella misma era una más. Se enamoró de él cuando supo que era una especie de seguidor: conseguiría hacerla feliz y haría feliz a su hijo, conseguiría un digno nivel de vida, un estatus social elevado, unas relaciones sociales y amistosas más ricas que las que siempre había gozado. Antón conseguía todo lo que se proponía. Bien, hasta aquí bien. Pero seguía sobrándole su altruismo con el sexo femenino, su adoración y respeto por todas las mujeres, su afán protector, su exacerbado paternalismo... Ella, que se enamoró de un tipo así, no se podía creer que existiera esa clase de personas. Lo más chocante de todo era que a Maica le ocurría lo mismo con los gatos: gato que veía, gato que socorría. Si viajaban en coche, solía dar sustos de infarto. De pronto gritaba:

—¡Para, un gato! ¡No lo atropelles!

—Maica... Está a un kilómetro, no sé cómo has podido verlo.

—¡Cuidado...! ¡No lo aplastes!

Y cuando el gato estaba cerca:

—Para, quiero ver si lleva collar con el teléfono; si no, lo llevaremos a casa... Y así era como Antón sabía ganarse su respeto y su cariño, y ella sabía ganarse algunos arañazos por importunar a los gatos callejeros.

—Eso te pasa por tocar a gatos desconocidos.
¿Cuándo aprenderás?

—¿Y qué quieres que haga? Si yo no los ayudo,
¿quién te crees tú que los ayudaría?

En esos casos Antón la miraba sonriente y bromeaba diciéndole:

—Santa Maica, patrona de los gatos.

En una de esas bromas, Maica le contestó:

—La patrona de los gatos es santa Gertrudis de Nivelles. Nacida en la Bélgica actual en el 626. La fiesta se celebra el 17 de marzo. Si quieres acabar con una invasión de ratones, sólo tienes tres salidas: el veneno, la gata o una oración a santa Gertrudis. Su imagen se venera o bien en esculturas de yeso con un gato entre sus brazos o en unas estampas rodeada de seis o siete gatos. ¿A que no lo sabías?

—De piedra, me has dejado de una pieza. Santa Gertrudis, 17 de marzo: ya no lo pienso olvidar. En marzo iremos a misa, te invitaré a una comida y te haré un regalo.

—A mí no, a *Mixa*, en todo caso a *Mixa*. Santa Gertrudis es la patrona de los gatos, no de sus mamás...

—Estás loca. ¿Lo reconoces, no? —bromeaba irónico su marido.

Àngel Font

Antón amaba profundamente a Maica; lo de su «desvío» emocional por los gatos era, o formaba, parte de su encanto, pero la tentación femenina siempre estaba al acecho. En aquel mismo instante, desde el piso superior de tiendas del área comercial, en vez de buscar donde estaba la gata, buscaba donde estaba la voluntaria que le había apoyado tan gentilmente. Estaba seguro de que era una de sus hembras necesitadas. Aquella mujer arrastraba algo que le dolía, que por sí sola le era difícil de sobrellevar, y a fe suya que iba a averiguarlo en cuanto bajara las escaleras y regresara a su lado.

Desde lo alto pudo ver cómo ella lo buscaba con la mirada. Estiró el brazo y la saludó. Ella contestó su saludo con los dos brazos en alto, una especie de señal de socorro internacional; subía y bajaba los brazos como si abriera o cerrara un abanico. «No se da cuenta. ¿O sí? Y pide ayuda... ¡Allá voy!». Minutos después subían otra vez la escalera que conducía a las tiendas del piso superior. Allí había una enorme terraza con sombrillas que protegían del sol de la tarde a los clientes.

—Gracias por aceptar mi invitación. Si estoy aquí un rato, puede que acabe viendo a mi gata y, si puedo disfrutar de tu compañía, tanto mejor. Por cierto

Pasión Humana

—le tendió la mano—, me llamo Antonio, pero se quedó en Antón para todo el mundo.

Estaban sentados al lado de la barandilla de aluminio.

—Y yo, Josefina, pero se quedó en Fina.

—Signo de los tiempos que vivimos. La crisis... los recortes...

—Si hasta los nombres hemos recortado... Chorradas. ¿Qué recortes ni qué historias?

Ella mantenía los ojos fijos en aquellos otros que la confundían, pero que no podía dejar de mirar. Sabía que lo estaba turbando y eso la excitaba. Ella pensaba: «¿Conque tu mujer te va a echar de casa? Pues mira, ya tienes a dónde ir». Él pensaba: «Si es así de verdad... me muero. Si está interpretando... también. Es igual de buena siendo real o actuando... ¿Y eso qué más da?». Los dos quisieron romper el hielo diciendo la misma tontería.

—Por cierto...

—Por cierto...

—Di.

—Di tú primero.

—¿Vives cerca de aquí?

—En Barcelona y voy arriba —dijo señalando la misma urbanización que *Mixa* tenía en su cabeza en aquel momento—. Allí en lo alto...

Àngel Font

—Yo más abajo, con mis padres...

—¿Tus padres?

—Sí, acaba de morir mi abuelo, nos hemos arruinado por una mala operación bancaria, mi marido me ha dejado, se ha llevado a mi gata...

—¿Gata?

—Sí.

—¡Qué coincidencia!

Pero pensó: «¡Joder, qué día!».

Antón bajó dos dedos los cristales de su coche y todo cambió.